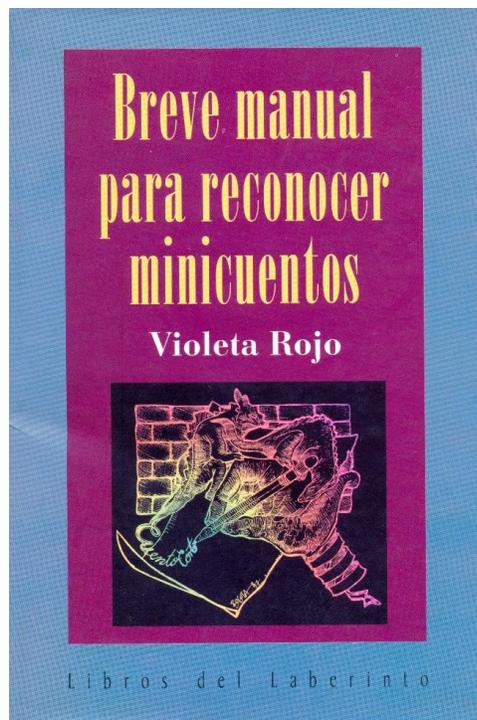


<http://gregoryzambrano.wordpress.com/>

Para gozar minicuentos

Gregory Zambrano

Rojo, Violeta, *Breve manual para reconocer minicuentos*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1997, 195 p.



Cuántas veces se escuchan en la calle conversaciones que no nos vienen dirigidas, casuales y excepcionales, en las que reconocemos un orden de invención, de reelaboración discursiva más allá de lo cotidiano, y nos decimos: “¡Qué cuento!”. Y justo porque allí están presentes las posibilidades de la oralidad, su impacto no nos deja indiferentes. Pero ese efecto es mucho más intenso cuando estamos —como lectores— frente a un texto que por su brevedad y

contundencia nos sacude. Y entonces hallamos en él muchos quilates de sentido, de ingenio, de buen humor e ironía; un sinfín de riquezas expresivas, de magia absoluta del lenguaje. Esas joyas no tienen aún nombre, pero se les suele llamar, por lo menos, de treinta maneras distintas; son entonces como seudónimos de un mismo fenómeno: huidizo, proteico, autosuficiente. Por ello esos “minicuentos”, como prefiere llamarlos Violeta Rojo, andan por el mundo de las letras gozando de una cierta impunidad, lo cual los deja y quizás por mejor suerte, al margen. Tan viejos y tan nuevos como las parábolas bíblicas, tienen un don especial para asestar con certeza un final contundente, y no es sólo que ganen por puntos (Cortázar *dixit*) sino que su duración es luminosa como el relámpago, y fulminante como el rayo. Espacio y tiempo reducidos a una sola palabra: goce. Eso es justo lo que se reserva la pequeña caja musical que Violeta Rojo ha preparado para los lectores vertiginosos del fin de siglo. La inatrapable forma narrativa, que ella prefirió llamar por uno de sus tantos heterónimos, es tan breve, y tan cuento al fin, que no importa que no haya tenido el favor de la “crítica seria”, puesto que sí lo tendrá del lector desprejuiciado. Esa abstracta entidad que está en muchas partes, en el avión, en el metro, en el escritorio, en el salón de clases, en la antesala del cine, en cualquier lugar donde sea posible que el lector juegue a ser detective y pueda reconocer al texto que le acompaña. El tan mentado y pretendido “goce estético” aparece como inefable compañía. Y qué importa que no haya escala para medir su ingreso o huida del llamado estatuto de la literatura seria. Esas pequeñas obras maestras han estado allí desde hace muchos años, y allí siguen y así seguirán creciendo, llenando la casa del tiempo: *Ars longa, vita brevis*. Así, en volumen imantado, viene ese “*corpus*” (valga la palabrita) para beneplácito del lector desprevenido, transeúnte y afanado. Ah, pero es que ha habido “muy malos ejemplos” por los cuales el “minicuento” no se ha tomado muy en serio, pero así como en tosco envase puede venir buen vino, hay aquí una muestra de la certeza martiana. El lector quizás podrá tener más expectativas que las que suele colmar en la lectura, y más, tratándose de algo que quiere ser literatura; pero el “minicuento” es, a diferencia de los géneros canónicos con nombres y apellidos ilustres, mucho más democrático.

Veamos: “es difícil siquiera intentar encasillar a los minicuentos, ya que pueden tener características del cuento propiamente dicho, del ensayo, de la poesía en prosa, de géneros literarios arcaicos como la fábula o la parábola, además de otras formas narrativas no son consideradas como literarias. Esto ha generado que no tengan nombre definido y que sean un poco dejados de lado, como una especie de extravagancia literaria, simpática, pero no como para tomársela en serio, a pesar de la gran cantidad de escritores nuevos y viejos de primera línea que lo cultivan” (p. 18). ¿Cuánto de heterogeneidad, sabiduría y paradoja hay en las distintas definiciones que Violeta Rojo ha puesto sobre el tapete, tomándose —ella sí— muy en serio? Pero al fin de cuentas todos los intentos de definición no logran abarcar su esencia, tan etérea y engañosa como la belleza o el amor. Y si la autora optó por llamarlos “minicuentos”, en ello se está jugando un compromiso consigo misma como lectora, a su vez con los otros lectores y también con los respectivos escritores que reúne. Esta variadísima y amena antología logra su cometido, que es poner en relación conceptos y prácticas de escritura que afortunadamente tienen tradición, y sobre todo ofrecer a los lectores el disfrute de este híbrido fenómeno de lenguaje. Tal forma narrativa, que no tiene boleto de entrada para la fiesta de los géneros serios, se queda en el margen, en la orilla, luciendo su investidura maravillosa, esto es como decir proteica y luminosa. Alégrese los consumidores de la “fast literature” que pueden engullir con menor esfuerzo y a una velocidad vertiginosa una ración explosiva de alimento ingenioso para el espíritu, para la risa, la reflexión y la memoria, pero jamás para la indiferencia. Veamos:

“Había una vez”

Un apuesto joven llama a la puerta y le pide que se calce la más hermosa de las zapatillas. En cuanto observa que ésta se ajusta al pie perfectamente, la toma del brazo al mismo tiempo que le dice: —Queda usted arrestada, esta zapatilla fue hallada en la escena del crimen. (Javier Quiroga G. “El libro de la imaginación”).

Otro: “Opus 8”

—Júrenos que si despierta, no se la va a llevar, pedía de rodillas uno de los enanitos al príncipe, mientras éste contemplaba el hermoso cuerpo en el sarcófago de cristal. Mire que, desde que se durmió, no tenemos quien nos lave la ropa, nos la planche, nos limpie la casa y nos cocine”. (Armando José Sequera. “Escena de un Spaguetti Western”).

Allí está el minicuento como David, dándole certero guijarro en la frente a los géneros mayores, tozudos, reposados y quizás cansados como viejos dioses. Proteico y efectivo, extraña forma de ser la lengua creativa y contundente. Este “género” inapresable, del que se duda y desconfía, tiene por supuesto oscuros orígenes, y el mejor reto para los detectives literarios es descubrir y demostrar a ciencia cierta no sólo su origen sino también el de sus padres ilegítimos. Este manual —estudio y antología— es de esas cosas que literariamente se agradecen.

México, D.F., noviembre, 1998

Publicado como:

“Para gozar minicuentos”, *Casa del tiempo* (México), núm. 5, junio 1999, pp. 45-45.